

que en ella se derramaria inútilmente alguna sangre mexicana.

Al amanecer el dia nueve, el ejército mexicano se retiró del campo por el camino para Matamoros, haciendo alto á las diez de la mañana en el lugar llamado La Resaca de Guerrero donde el general en jefe determinó esperar al enemigo. Este se presentó en aquel punto á las cuatro y media de la tarde; pero por un error del general Arista, el primer ataque fué calificado de una simple escaramuza, no tomando personalmente las determinaciones que hubieran convenido, y retirándose á su tienda lleno de confianza, dijo al general D. Rómulo Diaz de la Vega, que á él reservaba el honor de mandar la accion de ese dia.

Esta impasibilidad del general en jefe no solo contribuyó á que el enemigo avanzara sin la resistencia que debió hallar por falta de las órdenes oportunas, sino que tambien contribuyó á aumentar el desaliento en su ejército, y muchos cuerpos dando crédito á las especies que circulaban desde antes haciendo temer una traicion, se retiraban del campo sin combatir ó rompian sus armas llenos de indignacion, considerando estériles sus esfuerzos sin el apoyo unánime de todos. Pero apesar de esto, la fuerza que combatió ese dia dejó un ejemplo de valor y de honra y un testimonio de que el soldado mexicano es digno de recomendacion y de elogio siempre que tenga gefes capaces de dirigirlo en la batalla.

El primer ataque de los americanos fué resistido de una manera muy honrosa por el 4º batallon de línea á las órdenes del coronel Calatayud: por dos compañías de cazadores mandados por los capitanes D. José Barragan y D. José María Moreno; y por el 2º ligero que mandaba el teniente coronel D. Mariano Fernandez. Esta

parte de la fuerza resistió el primer empuje del enemigo con un valor heróico; pero cuando casi todos sus gefes habian sido muertos, ó heridos, ó prisioneros, y siendo arrollada por la superioridad numérica de sus contrarios, tuvo que retirarse en desorden, desconcertando con esto á los demás cuerpos: y esto dió ocasion á las fuerzas americanas de llegar hasta las baterías mexicanas, quedando en su poder las piezas y con ellas el general Diaz de la Vega á quien se habia confiado el mando de la accion. Entónces se mandó alguna fuerza mas para sostenér la batalla al mando del general Ampudia que se portó muy dignamente aunque sin fruto, porque el avance del enemigo no permitia ya contenerlo y la desmoralizacion casi era general en todo el ejército mexicano. Entónces el general Arista se convenció muy tarde por desgracia de que el general Taylor daba un combate formal, y lleno de dolor por el engaño que habia sufrido se puso á la cabeza de la caballería dando una carga intrépida como un último esfuerzo. Todo era en vano, la accion se habia perdido! La gloria de la nacion que habia podido salvarse en el sangriento combate de Palo Alto quedó ofuscado en La Resaca; pero el general Arista desafiando el peligro con un valor poco comun y buscando la muerte en la carga que dió sobre los enemigos ya vencedores, pudo probar á lo ménos, que si en efecto la traicion existia en alguna parte de su ejército, no llegaba su negra mano hasta la frente del general en jefe. Y cuando el desorden era tan espantoso que ya no dejaba esperanza alguna ni de triunfo ni de salvar siquiera el ejército y sus pertrechos de guerra, se retiraron los últimos restos de las fuerzas mexicanas mereciendo en ese acto una mencion muy honorífica los coroneles Orihuela y Urriza, que con sus batallones de Puebla y de Morelia favorecieron la retirada hasta última hora en que todos los dispersos pasaron el Rio Bravo pa-

ra llegar esa noche como llegaron todos á la plaza de Matamoros.

La consternacion en la ciudad por el desastre de ese dia fué general, pues ya se consideró inevitable la pérdida de la plaza y todos lamentaban las funestas consecuencias de que el pabellon americano ondeara victorioso en una ciudad de la República mexicana:

El dia 10 se acabó de reconcentrar el ejército en Matamoros, que por los muertos y prisioneros tuvo una baja de una quinta parte; y el general Arista hizo lo que pudo para restablecer la moral y la disciplina. Sin embargo de esto, no considerándose con los elementos necesarios para defender la plaza celebró una junta de los gefes principales en la cual se acordó el abandono de la ciudad; y el dia 17 de Mayo se dictaron las órdenes necesarias para que al siguiente efectuara su salida el ejército como en efecto sucedió.

El grave peligro que amenazaba al país, teniendo á sus puertas al enemigo extranjero, no era todavía bastante para hacer que todos los ánimos se reconcentraran en el solo objeto de evitar el peligro comun y salvar los intereses materiales de la patria y el honor nacional que se hallaban amenazados de muerte; y el 20 de Mayo, de ese mismo mes que tan funesto habia sido para la República por los desastres de Palo Alto y la Resaca y el abandono de Matamoros, y estando aun humeante la sangre de las víctimas sacrificadas por el enemigo de México, el resto del ejército léjos de ocuparse de vengar los ultrajes hechos á la patria y los sacrificios de sus hermanos muertos en el campo de batalla, se ocupaban por el contrario en promover las discordias intestinas, que si en todo tiempo han sido un escándalo, en aquellos dias tenían un carácter de criminal vergüenza para sus autores. El citado dia 20 de Mayo se pronunció en Guadalajara

el entónces coronel D. Mariano Yañez con toda la guarnicion de que él era comandante, desconociendo el gobierno del general Paredes y la convocatoria expedida en 27 de Enero para la reunion del Congreso.

Como los autores del pronunciamiento no tenían entónces grande importancia personal, ni pudieron de pronto generalizarlo bastante y ni el gobierno tal vez pudo atender á combatirlo oportuna y radicalmente; quedó pues dividida la nacion, mientras sus constantes enemigos avanzaban por el Norte para usurparle una gran parte de su territorio.

El gobierno de México impresionado con los reveses que sus tropas habian sufrido en las orillas del Rio Bravo, relevó del mando del ejército al general Arista, que interina y provisionalmente recayó en el general D. Francisco Mejía, cuando el 3 de Junio se recibió la orden de la destitucion, estando el ejército en Linares despues del abandono de la plaza de Matamoros. Este ejército tan reducido en número desde su principio, diezmado despues por las balas enemigas y tan maltratado últimamente por su penosa retirada sin los elementos necesarios para su marcha, se dirigió sin embargo á Monterey para fortificar y defender aquella plaza en espera de que el gobierno atendiera á sus sacrificios mandándole los refuerzos necesarios para hacer útil y gloriosa su resistencia á la invasion extranjera.

El general Paredes no obstante su grave falta por el pronunciamiento de S. Luis, se hallaba animado de los mejores deseos para salvar el honor de la nacion en la lucha que estaba sosteniendo, y queriendo dirigir personalmente las operaciones de la campaña, entregó el mando de la República al general Bravo y salió de México el 29 de Julio para ponerse al frente de las tropas que destinaba para la campaña del Norte: pero no pudo lle-

gar á su destino porque el día 4 de Agosto el comandante general de México D. Mariano Salas se pronunció en la Ciudadela secundando el plan de Jalisco, con lo cual tuvo fin el gobierno del general Paredes, quien fué preso en su camino y vuelto á la capital de la República de donde se le hizo salir desterrado fuera del país el día 2 de Octubre del mismo año.

Tanto el plan proclamado en Guadalajara como el de la Ciudadela reconocian al general Santa Anna como jefe de las fuerzas pronunciadas: y aunque el movimiento era eminentemente demagógico y ponía en juego á los hombres de 1833 de quienes Santa Anna se habia divorciado ya desde que trató de centralizar el poder, por una de esas inconsecuencias que no son raras en los acontecimientos humanos, y muy comunes en el carácter del general Santa Anna, este señor aceptó esa nueva liga, y á mediados del mismo mes de Agosto volvió de la Habana acompañado de los generales Almonte y Basadre. Al avistar al puerto de Veracruz se encontró con la escuadra de los Estados-Unidos que bloqueaba aquel puerto; pero reconocido el Vapor en que iba Santa Anna por el comodoro americano David Conner, éste lo dejó pasar libremente en virtud de orden expresa de su gobierno concebida en estos términos. «Departamento de marina de los Estados-Unidos: Mayo 13 de 1846—Comodoro: si Santa Anna procurase entrar en los puertos mexicanos, le permitirá vd. pasar libremente.—De vd. respetuosamente Jorje Baneroft.»

Como al dictarse esta orden en Estados-Unidos aun no se tenia noticia del pronunciamiento de la Ciudadela ni del de Guadalajara, y la circunstancia de que en los dos se proclamó á Santa Anna como jefe de las fuerzas pronunciadas, y la de que inmediatamente que tuvo lugar la caída del general Paredes se presentara Santa Anna

en Veracruz hallando el paso libre por entre la escuadra americana que bloqueaba el puerto, hace presumir que tales pronunciamientos fueron hechos con su acuerdo, y aun se le calificó en aquel tiempo muy desfavorablemente por suponerlo en connivencia con el gobierno de los Estados-Unidos para la realizacion de sus miras en contra de los intereses de México: y aun se fortificó esta presuncion con lo que Mr. Jay, ciudadano americano publicó en una revista, diciendo del general Santa Anna. «Es bien sabido, que el distinguido desterrado, tenia ofensas de que estar resentido, y sin duda alguna se dió por concedido, ó tal vez se estipuló expresamente que siendo deudor á Mr. Polk de la ocasion de vengarse, fomentaria una insurreccion, encenderia la guerra civil, recobraría su antiguo poder y lo ejercería haciendo la paz con los Estados-Unidos, con la cesion de California.»

Con tan desfavorables antecedentes hizo su entrada á México el general Santa Anna; y para que lo grave de la situacion hiciera contraste con la frivolidad con que se le juzgaba, se caracterizó la entrada con una circunstancia verdaderamente ridícula, pues ella se hizo yendo en un carro triunfal el general Santa Anna y D. Valentin Gómez Farías abrazados del cuadro de la constitucion federal. Esa escena cómica no disgustaba á los espíritus superficiales y turbulento, s porque allí se veian representadas la inconstancia y versatilidad del carácter en el general Santa Anna y el frenético furor demagógico en el Sr. Gómez Farías; pero los hombres que con mas aplomo y sensatez juzgaban de los acontecimientos, preveian en aquella comedia el triste resultado que desgraciadamente vinieron á confirmar los hechos.

El gobierno provisional creado en virtud del plan de la Ciudadela, expidió la convocatoria para la reunion del congreso que se instaló el día 6 de Diciembre de ese año,

formado de los hombres mas rojos; y mientras en la capital de la República se tenia fija la vista en el mezquino triunfo de un partido político, se dejaba sacrificar impunemente el honor nacional y los grandes intereses de la patria en los triunfos que los enemigos extranjeros obtenian en el Norte, por falta de los oportunos y eficaces auxilios al pequeño ejército que se le oponia á su paso.

Nombrado el general Ampudia gefe del ejército que debía oponerse á la marcha de los americanos por el Norte, salió de S. Luis para Monterey con algunos refuerzos que hicieron ascender el ejército á 5,000 hombres. Ellos tal vez habrian bastado para dar una leccion severa al enemigo que habia tenido el atrevimiento de pisar el territorio nacional; pero entre el general Ampudia y otros gefes del ejército habia antiguas prevenciones que crecieron con los acontecimientos de Palo Alto y la Resaca, y esta falta de union desarrollada de un modo funesto, vino á esterilizar los poquísimos elementos con que la nacion contaba allí para su defensa.

Como faltaba el acuerdo entre los gefes principales, unos hacian recaer las críticas mas amargas sobre las disposiciones del general en gefe, y otros obraban con vacilacion por no saber que partido tomar entre la division de los ánimos. Esto traia dos males de demasiada gravedad en tan críticas circunstancias, pues se dejaba correr el tiempo inútilmente y no se tomaba un plan decisivo en las operaciones, cambiando de resolucion á cada paso hasta que el enemigo se presentó á la vista de Monterey hallando á sus defensores sin los preparativos necesarios para la resistencia y en la confusion que es necesario estar cuando no se tiene trazada con la regularidad debida una línea fija de conducta.

La noche del 15 de Setiembre la ciudad dejaba por un momento el aspecto severo y sombrío de un campo de

guerra, y animada con los acentos de la música que recordaban la hora solemne en que el anciano cura de Dolores lanzó el grito de insurreccion, todos obedecieron á un sentimiento de entusiasmo por la gloria de la patria; y olvidando todo motivo de desavenencia, solo pensaban en el combate que esperaban con ansia para revindicar el honor nacional; y todos se sentian animados de ofrecerse en expiacion por los crímenes de México, para que el holocausto de su sangre evitara que el pabellon americano profanara la tierra de los Moctezumas.

En esa situacion imponente de la proximidad de un combate se pasó hasta el dia 21 de Setiembre, viéndose repetidas escenas de ternura y de generosa abnegacion al mismo tiempo que de un dolor desgarrador por el terror que el sordo presentimiento de una lucha sangrienta extendia entre las familias de las que muchas se preparaban á abandonar sus hogares.

En ese dia una columna americana mandada por el general Warth se puso en movimiento para interceptar la comunicacion de la plaza con el Saltillo, y fué la primera con que se batió la caballería mexicana, en cuyo encuentro quedó muerto el comandante D. Juan Nájera; y el comandante D. Mariano Moret dió una prueba de valor heroico, que fué una aureola de gloria para él y un digno modelo para sus compañeros que defendian la ciudad.

Apoderados los americanos de la comunicacion con el Saltillo, emprendieron su ataque por las lomas del obispado donde se apoderaron de dos piezas y un fortín; y habiendo tomado tambien el reducto de la tenería, sus defensores retirados al punto llamado Rincon del Diablo, resistieron valerosamente el ataque: allí se prolongó una lucha ensangrentada, y cuando se agotaron las municiones y pedian parque los soldados, el general Mejía contestó: que no se necesitaba mientras hubiera bayonetas.

Esta respuesta que se recibió con aplausos hizo, redoblar la energía, y saltando los soldados los parapetos, peleaban según las memorias de aquella guerra, «pecho contra pecho, arma contra arma, cargando frenéticos y confundidos con los contrarios; y sobre el terreno que han ganado sobre los cadáveres de sus enemigos y entre el humo de aquella sangre impura sube á los cielos el grito victorioso de *Viva México.*» Los gefes que acompañaron al general Mejía para conquistar este laurel fueron el coronel Ferro y el comandante D. José María Herrera, quienes mandaban una parte de las fuerzas de Aguascalientes y Querétaro.

El cerro del Obispado, que por los informes del general García Conde de ser inaccesible habia quedado sin fortificar y solo resguardado por 60 hombres, fué sorprendido por los americanos en la madrugada del día 22 y rompiendo de allí sus fuegos de artillería sobre la plaza, protejieron el ataque dado por tres columnas, que fueron resistidas de una manera digna de mejor suerte hasta las cuatro de la tarde; pero á esta hora los enemigos se apoderaron del fortin disputado y sus defensores se replegaron al interior de la plaza en desorden y llenos de espanto. Este acontecimiento difundió el temor en los ánimos, y en la noche se notaba ese fatídico pavor con que se anuncian las grandes catástrofes: algunos de los gefes principales llegaron á participar del terror general; y á consecuencia de esto, se acordó abandonar las fortificaciones mas avanzadas y concentrar el ejército á la linea interior en la cual se trabajó con laudable empeño en las obras de fortificacion.

A las once del día siguiente emprendió de nuevo el enemigo su ataque con el entusiasmo que le daba su triunfo del día anterior; generalizándose el fuego por casi toda la ciudad, que tal vez habria sido tomada ese día, á no ha-

ber intervenido una circunstancia muy digna de figurar en las páginas de nuestra historia. A la hora que el combate era mas reñido y en que se empezaba á notar algun desaliento en los defensores de la plaza, subió á la azotea de la casa del Sr. Garza Flores, la Srta. Josefa Sosaya, mezclándose entre los soldados á quienes alentaba y enseñaba á despreciar el peligro. Aquel acto de heroicidad sublime comunicó á los soldados todo el entusiasmo que se necesitaba para resistir un ataque tan rudo, porque, dicen las Memorias antes citadas que, «era necesario vencer para admirar á aquella heroína, ó morir á sus ojos para hacerse dignos de su sonrisa! Era una personificacion hermosa de la patria misma; era el bello ideal del heroismo con todos sus hechizos, con toda su tierna seducción!»

A la una y media de la tarde cesó el ataque, que se reanimó á las cuatro con mayor violencia; pero irritado el brio de las tropas mexicanas y estableciéndose una generosa emulacion, cada uno peleaba desdeñando el peligro, desafiando la muerte y procurando distinguirse con su arrojo para comprar á costa de su sangre un laurel con que adornar la frente angustiada de la patria. Este esfuerzo que dió un día de gloria á México salvó aunque momentáneamente la ciudad de Monterey; y el enemigo tuvo que suspender el combate, limitándose á arrojar algunas bombas sobre la ciudad.

La desgracia que perseguia á México con una suerte funesta, hizo que los sacrificios de ese día fueran estériles para la causa nacional y que quedara burlada toda la heroicidad y sublime abnegacion de los que ese día hicieron que en sus entusiastas pechos se estrellaran las armas de un invasor injusto: pues creyendo algunos gefes que al fin seria inútil toda resistencia, inclinaron al general Ampudia á solicitar una capitulacion, en la cual se